hondonada cuyo estrecho camino conducía á la pradera, vió venir hacia ella, juntos y hablando familiarmente, á Cecilia y á un hombre en el que reconoció en seguida al marqués de Condottier.

El cuadro que ante su vista se ofrecía era tan brutalmente inverosimil que Luisa pasó repetidas veces las manos por su cara para convencerse de que no soñaba. Pero, no podía dudar; sus ojos seguían siempre viendo á su hija, llevando el abrigo al brazo y la sombrilla en la mano y á Daniel, de cuyo hombro pendía una escopeta. Luisa permaneció en pie, fija la mirada, temblorosa y pálida como la muerte, sin poder hacer el menor movimiento ni arrojar un grito, y sin fuerzas para tratar de separar á Cecilia de aquel mónstruo, cuya sola presencia manchaba su inmaculada pureza.

Una sola idea daba vueltas en su mente con extraordinaria rapidez: ¿Cómo y por qué está aquí? se preguntaba sin cesar de seguirlos con la vista, y ver como caminaban con tranquilo paso, sin precaución alguna y como si fuese la cosa más natural del mundo. Y á pesar de todo, todavía pretendía luchar con la evidencia para convencerse de lo monstruoso é insensato que resultaba aquel grupo compuesto de su hija y de su amante. En aquel momento los jóvenes se detuvieron y pudo distinguir perfectamente la voz de Cecilia que decía:

—Vuelva usted hacia la derecha, cerca de la pradera, y encontrará usted el puentecillo del molino, y una vez allí, estará usted á dos pasos de la carretera de Beauvais.

Entonces llegó también hasta los oidos de Luisa, la dulce y antes tan querida voz de Daniel que respondía:

—Señorita, agradezco á usted en el alma su amabilidad: ha sido para mí una verdadera fortuna el encontrarme con usted...

—No tiene nada de particular... Beso á usted su mano.

—Á los pies de usted, señorita, contestó Daniel con sentido acento.

Y se alejó en dirección al río. Cecilia sin volver la cabeza, perfectamente tranquila y sin sospechar siquiera que su madre se hallaba á algunos pasos de ella devorándola con la vista, prosiguió su camino llegando hasta el borde de los estanques. Detúvose allí y girando la mirada en torno suyo, vió entonces á Luisa que descendía del pinar.

—Bien decia yo que habría de encontrarte aquí, dijo dirigiéndose hacia su madre. ¿Hace mucho tiempo que estabas?

—No, respondió Luisa, pensando en si Cecilia la hablaría de su encuentro. ¿Y tú, vienes del molino?

—Sí; la niña ya está mejor... Pero, ahora caigo, ¿cómo sabías que había yo ido al molino?

—Me lo ha dicho Raoul, de paso hacia la fábrica.

—¡Ah!...

Y en un instante vióse Cecilia transportada á otras regiones que la hicieron olvidar por completo la poco interesante aventura de su encuentro con Daniel y por lo tanto que no pensara referírsela á su madre. Preocupóse, eso sí, con la idea de saber si Raoul no habría cometido alguna indiscreción y

si por el contrario había sabido respetar el secreto que guardaba su corazón.

—¿Ha estado mucho tiempo contigo? preguntó:

—No; iba á trabajar un rato á la Neuville.

La joven respiró entonces con más libertad y tomando con gracioso abandono el brazo de su madre:

—¿Vamos á casa?

—Ya lo creo. Se va poniendo el sol y comienza á sentirse fresco en el parque.

—Sí, ya se acerca la peor estación del año.

Y luego añadió con cierto aire sonriente y malicioso.

—¿No sientes deseos de volver á París?

Luisa se conmovió y su rostro se tiñó de vivo carmín.

—Tu padre desea permanecer en Saint-Sauveur, y yo no sigo otra voluntad que la suya. ¿Y tú, te acuerdas con pena de París?

—¿Quién, yo?... Yo soy una verdadera campesina... Siempre me extraña oir decir, como ayer aseguraba el coronel Pérignon, al anunciar su marcha que no se puede vivir lejos de la gran ciudad ni de sus relaciones, círculos y teatros... Supongo que su sobrino piensa del mismo modo, porque, á decir verdad, no parece divertirse gran cosa á nuestro lado.

—¿Así pues, crees que irá pronto á reunirse con su tío?

Era tan terminante y precisa aquella pregunta y resumía tan bien la situación, que Cecilia se turbó á pesar suyo.

—Eso, depende de él.

—Puede que dependa menos de él que de tí.

La joven guardó silencio por el pronto, pero dejándose llevar de repente por un movimiento de tierna confianza, dijo á su madre, aproximándose á ella como en demanda de apoyo y protección:

—¿Me regañarías, si decididamente no quisiera casarme con él?

—Seguramente no, si me das una razón convincente que pueda explicar tu negativa.

—¡Una razón convincente!... No, no la tengo, ni puedo tenerla.

—¿Entonces, es pura cuestión de sentimiento?

Cecilia se sonrojó, pero se atrevió no obstante á decir con acento decidido:

—Pues bien, sí, mamá. Hace un rato se lo he dicho.

—¡Pobre chico! ¿Se habrá puesto muy triste?

—Puede que más de lo que ha pretendido demostrar. Pero ha estado conmigo bondadoso, y delicado hasta el extremo. Por supuesto, no podía ser otra cosa.

—¡Bonito elogio de un candidato vencido... Y, como es el vencedor?

—Tú le conoces... Vale mucho menos que Raoul, por todos conceptos... pero...

—¿Pero qué? preguntó Luisa sonriéndose á pesar suyo.

—Pero, nada; eso no se explica, pero me gusta más.

—No, hija mía, eso se explica por el contrario perfectamente, y es la única y decisiva razón que puedes alegar.

Y mirando fijamente á su hija añadió:

—¿Es Laroque, no es verdad?

—Si, mamá, el mismo.

Reinó un momento de silencio, durante el cual madre é hija comprendieron que las graves palabras que acababan de pronunciar debían decidir del porvenir de entrambas.

—Casi me lo habías dado á comprender el otro dia, dijo Luisa.

—¿Me criticas por eso, mamá?

—No, hija mia, pero es preciso que lo sepa todo tu padre.

—¿En seguida?

—Lo más pronto posible. ¿Quieres que le hable yo ó prefieres hablarle tú misma?

—Todo eso es muy delicado. Ya sé yo que no quiero casarme con Raoul, pero lo que no sé, es si Laroque se hallará decidido á pedir mi mano... Papá no puede ofrecérsela, ¿no es cierto?... Eso no se hace; así es que habrá que esperar hasta tanto que haga alguna manifestación...

—Bueno, pero así y todo, será preciso anunciar á tu padre que no quieres contraer matrimonio con Raoul.

—¡Y yo que le he rogado permanezca aquí unos dias, para que nadie sospechase nada!...

—¿Crees por acaso que nadie trataria de forzar tu voluntad?

—Eso no.

—Pues entonces, confía en mí respecto á lo que haya que decir á tu padre.

—Bueno; eso me gusta más.

Y ambas regresaron al castillo sin ni siquiera mencionar la inoportuna aparición del marqués de Condottier, en la que Luisa no cesó sin embargo de pensar, pues sabiendo que Daniel abandonaba siempre el campo en aquella época del año, supuso que era ella la causa de su permanencia allí.

Analizó después las distintas impresiones que experimentaba y vió que la presencia del hombre que tanto había amado, en vez de inspirarla júbilo, inspirábala terror por el contrario: consideróse, pues, no tan solo dichosa por el resultado de aquella especie de examen de conciencia, si que también purificada por él. Aquel amor criminal había muerto para siempre en su corazón, y la seguridad de no cometer una nueva falta infundióla un valor y una fuerza que jamás había sentido, para seguir representando con entera libertad y sin hipocresía su natural y hermoso papel de madre de familia.

Decidió sin embargo resguardarse cuanto posible fuera de las probables manifestaciones de Daniel, pues una vez David sobre aviso, podría dar lugar á terribles complicaciones, dado sobre todo la nueva cuanto elevada opinión que tenía de su marido, cuyo excitado odio podría ponerse á la altura del heroísmo de que había dado prueba.

Entre tanto, hallábase Condottier en un singular estado de ánimo: no se había disipado en él la sorpresa causada por el encuentro con Cecilia, cuyo recuerdo no trataba alejar de su mente. Creyó encontrarse con Luisa, cuando á través de las ramas entrevió una figura de mujer, y fué grande su sorpresa, cuando en vez de la que buscaba, se halló

frente á frente de una mujer, mejor dicho de una inocente niña, con el mismo elegante talle de Luisa, aunque más airoso, y de ojos azules y rubio cabello, en vez de los ojos garzos y negro cabello de aquélla.

Detúvose perplejo y contrariado por el apresuramiento con que se acercó á ella, cuando Cecilia con dulce voz interrógole la primera sobre lo que á aquellos sitios le llevaba y el modo por el cual había llegado hasta allí. Se excusó Daniel pretextando haberse extraviado sin saber cómo, siempre en persecución de la caza, y que no sabiendo en aquel momento dónde ni en casa de quién se hallaba, después de rogarla le perdonase por haber interrumpido su paseo, la estaría en extremo agradecido si se dignaba indicarle el camino que debía tomar. Contestóle Cecilia que se hallaba en el parque de Saint-Sauveur, cuyo propietario era su padre, el señor Herbelin y vió Daniel entonces confirmadas sus sospechas de hallarse en presencia de aquella misma niña, de cuyo abandono habíase acusado tantas veces Luisa á causa de su cariño hacia él.

Consideróla durante algún tiempo con gran curiosidad y advirtió en ella cierta similitud en la mirada, y en las inflexiones de voz, que le recordaban perfectamente á Luisa, pero más adorable, más seductora por la frescura y pureza de los diecisiete años.

Extendido muellemente en un diván de su despacho procuraba Condottier recopilar en su mente las fugitivas á la vez que profundas impresiones

que había experimentado durante aquella corta entrevista, y observó que no ya tan solo no se aburría en Montivilliers, sino que por el contrario se complacía su espíritu con los ensueños que tan celeste aparición le hacía concebir. Aquella noche se acostó temprano después de haber comido frugal y distraidamente, y á la siguiente mañana, después de haber dado algunas disposiciones á los palafreneros, montó á caballo, dirigiéndose en seguida hacia Saint-Sauveur. Pasó por delante de la verja, pero no vió por allí el bello rostro de Cecilia y pensó que sin duda se hallaría en lo más intrincado del parque, sitio al que él no podía llegar, sobre todo, después del simulado error de la víspera, sin que su conducta no diese lugar á naturales sospechas.

Volvió á su casa bastante mal humorado, pero como quiera que no era hombre de sufrir con paciencia cualquiera impresión que pudiera molestar á su espíritu, trató de reaccionar aquélla con lógicos razonamientos. ¡Cómo! se decía, ¿voy á convertirme ahora en un pisaverde cualquiera, enamorándome de una chiquilla, á la que, por muchos conceptos, y aun á pesar de mis absolutas ideas en materia de placeres, debo mostrar algún respeto?... Pensaba á renglón seguido, que hay muchos actos que no deben llevarse á cabo, no tan solo porque merezcan el estigma de las gentes, sino también porque redundan en descrédito de aquellos que los cometen. Aquella tan amplia moral que Daniel explanaba ante sí propio, era pues de aquellas que todo lo permite á los que la siguen, siempre que no sea en perjuicio suyo. Pero es lo cierto que

también impedia á Daniel el ocuparse para nada de Cecilia.

Prometióse, pues, regresar á París al siguiente día, antes que cometer semejante infamia, y... no obstante su resolución, continuó habitando Montivilliers.

Apaciguada Luisa por la manifiesta tranquilidad de Cecilia, concluyó por no dar seria importancia á la presencia del marqués de Condottier en el parque de Saint-Sauveur, que según ella no tenía otro pretexto que el de reanudar las antiguas relaciones, y por más que semejante capricho por parte de Daniel fuese en extremo peligroso, no era ni con mucho tan de temer, como el que ella había supuesto en un principio. Por el momento, lo que más prisa corría, era poner en conocimiento de David la resistencia de Cecilia hacia el proyectado enlace.

Así pues, al día siguiente y en el momento mismo en que Herbelin se disponía á reunirse con Raoul en la fábrica, donde éste último había ido á almorzar con Laroque, Luisa rogó á su marido que la concediera una corta entrevista. David, sin oponer la menor resistencia entró en su despacho y acercándose á la ventana dispúsose á escuchar lo que quería decirle Luisa. Demasiado observaba ésta que el aire frío y casi contrariado de su esposo, no era de lo más á propósito para infundirla alientos, pero convencida de que á las primeras palabras que pronunciase habría de variar su aspecto, le dijo sin titubear:

—Si le detengo por algunos instantes, es

tan solo por motivos de la más alta importancia.

David movió la cabeza como haciéndola comprender que no la hacía por ello el menor reproche. Luisa prosiguió:

—Se trata de su hija de usted.

Es necesario advertir, que desde el momento en que adoptaron aquel nuevo género de vida, siempre que Luisa hablaba de Cecilia á solas con su marido, decía «su hija de usted» del mismo modo que él repetía siempre «mi hija.» Era como una especie de tácito acuerdo, considerando ya que Cecilia pertenecía tan solo á David, y que con aquella frase reconocía asimismo Luisa su culpabilidad á la vez que los pocos derechos que tenía hacia aquella niña de la que tendría que separarse para siempre. La palabra «su hija de usted» produjo en Herbelin el efecto que era de esperar, pues abandonando el hueco de la ventana, aproximóse á Luisa diciendo:

—¡De mi hija!... ¿Qué es lo que acontece?

—Ignoro si serán de su agrado las noticias que tengo que darle, pero de todos modos, he creído conveniente enterar á usted de lo que sucede. Creo que el matrimonio que se había proyectado entre Raoul y Cecilia, se llevará difícilmente á cabo.

—¿Y por qué?

—Porque el candidato elegido por usted, á pesar de infundir en Cecilia un cariñoso afecto de amistad, no es de su gusto para marido... Y porque además, abriga otras ideas...

Escuchábala David con marcada atención y con

los ojos entornados, según era costumbre en él cuando concentraba sus ideas. Al cabo de un instante, durante el cual ambos permanecieron en silencio, preguntó Herbelin:

—¿Cómo ha sabido usted todo eso?

—Cecilia misma me lo ha dicho.

—¿Y usted la habrá interrogado?

—Sin duda.

—Luego entonces, ¿tenía usted algunas sospechas?

—Hacía ya mucho tiempo. Acuérdese usted de mi contestación el día en que me anunció sus propósitos respecto á dicha boda. Recordará usted que hice ciertas reservas que le sorprendieron y aun le molestaron.

—En efecto, lo recuerdo... ¡Y yo que nada había sospechado!

—Usted está siempre entregado á sus trabajos, dijo con mucha dulzura Luisa, y no tiene tiempo para observar á su hija... En cambio yo no la pierdo de vista, y me ocupo tan sólo en vigilarla; esto explica de un modo claro que yo esté al corriente de lo que usted ni siquiera sospechaba...

David inclinó la cabeza haciendo un gesto de aprobación; después dijo con visible inquietud:

—¿Cree usted que Cecilia prefiere á otro hombre?

—Sí.

—¿Y usted sabe quién es?

—Lo sé.

—¿Esa elección es... razonable?

—Usted es el sólo que debe dar su opinión sobre el particular, respondió humildemente Luisa.

—¿Quién es?... vamos á ver.

—El señor Laroque.

Conmovióse David ante aquella declaración; bajó los ojos y cruzando los brazos sobre el pecho, permaneció en silencio. Entre tanto, alarmada Luisa por aquel extraño mutismo, contemplábale sin osar dirigirle nuevamente la palabra, temiendo al propio tiempo que no aprobase la conducta de Cecilia. Herbelin arrojó un profundo suspiro, y volvióse, de modo que su rostro quedara oculto en la sombra.

Por fin Luisa que no podía contener su impaciencia, se atrevió á preguntar:

—Nada responde usted... ¿Qué es lo que piensa?

Hizo entonces un ligero movimiento, merced al cual pudo Luisa apercibir el rostro de su marido inundado de lágrimas, y al verle en aquel estado, exclamó llena de sobresalto y con la mayor ansiedad.

—¿Es Cecilia la causa de esas lágrimas?

—No, respondió David con entrecortada voz. El hombre á quien ama, no me desagrada bajo ningún concepto, pero trae á mi memoria tristes y crueles recuerdos...

En efecto, la analogía entre el inocente cariño de Cecilia hacia Laroque y el amor que David sintiera hacia ella en aquellos mismos sitios, no había herido el pensamiento de Luisa en un principio, pero comprendió en aquel momento todo lo que aquella evocación del pasado tenía de doloroso para David y sintió oprimirse con fuerza su corazón al ver que cual vivas y potentes raíces, los afectos

del padre florecían y volvían á tomar cuerpo en el corazón de la hija. ¿Qué tenía, pues, de extraño que David sintiera nacer en su alma tristes temores, ni que su pensamiento evocara recuerdos que tanta analogía tenían con los sucesos que á su vista se desarrollaban?

—Perdóneme usted si le entristezco... dijo Luisa, pero he creído de mi deber informarle en seguida de lo que ocurre...

Herbelin recobró entonces su serenidad y contestó:

—Se lo agradezco á usted.—Después, cambiando de tono:—¿Y, para apoyar esa elección, no le ha dado á usted Cecilia razón ó pretexto alguno?

—Me ha confesado que no tenía razón alguna en preferir á Laroque, pues no podía comparársesele de ningun modo con Raoul; pero, á mi modo de ver, no tendría nada de extraño que el respetuoso cariño que le profesa á usted el joven director, no haya ejercido alguna influencia en el corazón de Cecilia.

—Está bien, dijo visiblemente conmovido Herbelin, yo la hablaré.

Luisa hizo un signo de asentimiento y dirigióse hacia la puerta, pero cuando ya se hallaba á punto de salir, David la dirigió una mirada y la dijo, pintándose en su rostro la más viva satisfacción:

—En todo este asunto ha obrado usted muy bien. Mil gracias.

Luisa pareció no haber oído aquellas palabras, y sin detenerse un solo momento, abrió la puerta y se dirigió á sus habitaciones.

VIII

Al llegar á la fábrica entró Herbelin en el despacho del director, donde encontró á Laroque y á Raoul inclinados sobre una ancha mesa de dibujo y compás en mano, estudiando la reducción á una décima parte de la máquina últimamente experimentada. Hallábanse tan profundamente preocupados por su trabajo, que no se dieron cuenta de la llegada de David, y continuaron discutiendo con animación acerca de las ventajas de una curva que disminuía el espesor del aparato, afirmando Raoul que sería muy conveniente colocar el nuevo modelo lo más desahogadamente posible y sosteniendo Laroque, por el contrario, que la reducción de volumen aportaría consigo una determinada reducción de fuerzas, lo cual era enteramente opuesto al objeto que se proponían.

—Amigo Laroque, decía Raoul, tiene usted razón en todo aquello que permanece fijo, pero en lo que es portátil, creo que es útil la modificación. No tan sólo debemos tener presente la adaptación del aparato en las fábricas, sino que también no echar en olvido la producción de su fuerza en los